

SOBRE LA CRISIS DEL ESTADO (*)

POR

JUAN CANDELA MARTINEZ

I

La suerte de esa criatura típicamente moderna y europea que es el Estado nacional nos llena de ansiedad, hasta el extremo de hacer del interrogante de su posible agonía y muerte uno de los más importantes de la teoría política de nuestro tiempo.

Ahora bien: si esta actitud revela una profunda conciencia histórica, no tiene por qué desembocar en el "catastrofismo" a que podría inducir la intensidad de aquella conciencia, evidentemente mayor que la de otras instancias críticas precedentes. La propia aventura de la historia cultural y política de Occidente resulta aleccionadora para el teórico actual del Estado. Es, pues, exigible la serenidad. Lo que ocurre es que, a su vez, tal mayor conciencia, gracias a la cual parecen más acentuados los rasgos críticos de nuestro horizonte existencial, está demandando urgentes diagnósticos y remedios.

Por todo ello, un libro como el del profesor Fraga es acogido con sin igual interés. Desde el primer momento de su lectura, y después de una ojeada general a su contenido, se advierte que el tema ha sido acometido con rigor penetrante y tendiendo la mirada hacia los más distintos climas y planos (religioso, filosófico, demográfico, económico, políticosocial), en los que se patentiza la crisis general, porque "el teórico de la política intentará en vano aislar la crisis política dentro del marco de la crisis general, por más que éste sea su cometido" (pág. 9). Sin embargo, resalta el ánimo de hallar en esta visión no tanto el acento dramático, ciertamente prodigado, cuanto el afán de hallar salida a esta "situación". Con ello, además, la teoría política cobra "encarnadura", gracias a lo cual, sin dejarse llevar de sociologismos y de posturas ideológicas, es posible operar con realismo constructivo.

Por lo pronto, hace bien el autor en descartar todo pesimis-

(*) M. FRAGA IRIBARNE: *La crisis del Estado*. Edic. Aguilar. Madrid, 1955. 306 págs.

mo (pág. 30) como actitud fundamental. Así, contrasta con el tono casi apocalíptico de muchos diagnósticos, anclados en los sistemas de un Spengler o un Toynbee. Y, sin ligarse tampoco a las tendencias progresistas del siglo XIX (Hegel, Comte, Darwin, Spencer e incluso el materialismo histórico), cree posible restablecer el equilibrio en la interpretación del “cambio”.

Para quien, como el autor de este libro, desee captar la angustia y esperanza de nuestro mundo, una visión histórica como la de Ossio proporciona insuperable armadura de fe cristiana y humano aliento. A ello, el propio Fraga añade “el punto de vista español”, apto para tal tarea, en cuanto España no ha sido envuelta en las locuras de Europa. Queda así delimitado el punto de arranque.

II

Comienza a analizarse la crisis política abordando un tema archisobado: la crisis del Estado liberal. Si el autor lo trata, lo hace a sabiendas de que esta forma política, en cuanto tal, se halla agotada, pero también consciente de que “no pocos de sus elementos siguen en pie, como mitos o nostalgias o como residuos aprovechables; sobre todo, porque los Estados más aparentemente antiliberales de hoy son herederos legítimos del Estado liberal” (págs. 57-58). Actuando sobre el trasfondo sociológico de la burguesía, el legalismo y el mecanismo entero del Estado liberal, desemboca en la crisis, manifiesta en instituciones claves como el Parlamento representativo. Bien hecha está la observación de cómo la racionalización desemboca en la mitología (pág. 76) y cómo el “debate” desaparece ante la diplomacia y el ejecutivo de Munich, Yalta a Potsdam. Lógico es que, cumplida la evolución “desconfianza-escepticismo”, se haya alcanzado el punto de desintegración del mundo liberal, sin que fueran remedios eficaces la experiencia de Weimar ni los esfuerzos teóricos de Preuss, Kelsen y Mirkin. Las sociedades de masas imponen la organización planificada, y al adentrarse en un “camino de servidumbre” aparece como evidente que declinan su responsabilidad ante la Historia.

Mas lo importante no es esto sólo. El título del libro cobra nueva justificación cuando, por el hecho de que el liberalismo buscara en el Estado garantía y protección del orden social capitalista, lo que no impidió a su vez que el comunismo se enrolara en la maquinaria misma del Estado nacional, éste acusa ahora su inevitable

quiebra. Es la crisis del Estado nacional la que hoy parece indiscutible, y son éstas sus implicaciones ideológicas, económicas e institucionales, las que W. Friedmann ha tenido más en cuenta para afirmar su relatividad histórica.

El tema, de todas suertes, no es desarrollado, al menos expresamente, con la amplitud que, a nuestro juicio, hubiera sido de desear. Creemos que ahora es más palpable que nunca la crisis del Estado en cuanto estructura determinada por el supuesto netamente moderno de la nación. Se registra, desde luego, un giro copernicano—a ello alude el profesor Fraga citando a Emery Reves, aunque con distinto sentido—en la economía, las comunicaciones, la concepción misma de los dispositivos de defensa y alianzas militares; la propia conciencia, en fin, de los pueblos de hoy acerca de una más real ensambladura, por encima de viejas fronteras nacionales. Y ello obliga a una profunda reflexión sobre la real subsistencia del Estado, en trance de quedar absorbido por superestados o *super-powers* de cualquier signo. El tema nos parece del máximo interés para el pensamiento político europeo, porque es el Estado nacional, producto típico de Occidente, el que ahora se encuentra sometido a cuestión.

El autor de este libro, repleto índice de resonancias temáticas, no ha dejado de hacerse eco de tal cuestión. Es reveladora, al efecto, su referencia al instante en que la *polis* griega, como forma política, falla por incapacidad, por inadaptación (pág. 82). También el último capítulo recogerá el problema. Notamos, sin embargo, cierta ausencia de planteamiento del mismo, con claro, concreto perfil. Sin duda que el estudio que comentamos se proyecta sobre la dinámica interna del Estado moderno; sin duda también que nadie ignora el resurgir de nacionalismos con tendencia “estatal” que parece irrefrenable, y que a la vez no están muy firmes aún los nuevos cuadros institucionales, ni puede decirse que han cuajado del todo fórmulas de Poder de envergadura supranacional, circunstancias éstas que, vistas por el autor de este libro, seguramente le habrán impulsado a no insistir más en la problemática del Estado actual desde esta perspectiva. Parécenos, sin embargo, que dicha problemática tiene su completo planteamiento en la cuestión precisa de si hoy, y cada día más, no deberán ser medidos a escala mundial y, desde luego, a escala ultranacional muchos conceptos y contenidos de la teoría política más o menos clásica y de si el verdadero alcance de su crisis no podría fijarse aceptando como un hecho irreversible la progresiva desaparición del Esta-

do como estructura de vida política sibusuficiente, soberana, territorial y jurídicamente perfilada y “distinta”, en un mundo en el que la interdependencia de toda índole es ya su signo peculiar.

Mas sigamos analizando la línea expositiva de *La crisis del Estado*. Desde luego que el embate más serio que el Estado moderno ha podido recibir desde los supuestos generales de la modernidad proviene del marxismo. El capítulo III del libro de Fraga, seguramente el mejor construído de todo el volumen, examina la “crítica marxista y su teoría del Estado”.

Destacado el marxismo como una *Weltanschauung*, en la que convergen las más variadas corrientes materialistas, económicas y políticas, se configura a sí mismo como una hazaña científica de primer orden que el hombre plenamente “naturalizado” consigue por obra de Carlos Marx, ese judío alemán clavado en la mitad del siglo XIX.

Por esto, más que su crítica del capitalismo, importa su teoría de la sociedad, montada sobre el materialismo y el determinismo históricos. Si se rechaza el primero, repitiendo argumentos y autoridades tradicionales ya, el segundo es analizado más profundamente. Liberarse hoy del impacto del historicismo, “cuya fiebre desatara Hegel”, es tarea insoslayable. Y no puede reducirse a sustituirlo por una concepción de la Historia universal como Historia de los grandes hombres (Carlyle), ni vale tampoco el expediente simplista de establecer como única regla segura para el historiador el reconocer en el desarrollo de los destinos humanos el juego de los contingentes y de lo imprevisto (Fischer). El nervio del problema reside en el hombre mismo, ser social y antisocial muchas veces. Y aún mejor, en “la preeminencia y libertad del espíritu” junto con la visión providencialista del acaecer.

Aún queda un punto crítico: la compatibilidad del determinismo con el revolucionarismo. Por esta vía penetra la cuestión más ligada con la vida política: la realización del marxismo a través de la acción concreta de hombres y pueblos. Y, además, el problema siempre candente de la ortodoxia de tal realización. El pensamiento de Lenin y Stalin, por un lado; el Estado soviético ruso, por otro, son el material doctrinal e histórico con el que se trabaja en este estudio.

Con los dos jefes rojos, el marxismo se vive como un *dogma*, pero su desarrollo y aplicación (primero, en la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias; después, en la de guerras mundiales, conflictos de razas y geopolítica) dan lugar a la *organización*. El

partido surge no solamente como depositario del dogma, sino también como una clase dirigente. Esta, titular única de la *coacción*, necesaria para pasar del capitalismo al socialismo, no hay inconveniente en reducirla a una sola voluntad. Recurrir, por exigencias de las circunstancias, al poder dictatorial personal, es perfectamente posible y ortodoxo en la mente de Lenin.

Por eso, al menos desde el punto de vista metodológico, nos parece bien centrado el estudio del régimen soviético ruso en el examen de la vida misma del partido. Una realidad sociológica que comprende, junto a la vastedad geográfica, en gran parte misteriosa, el entrecruzamiento de 577 razas y tribus y hasta 150 lenguas conocidas, sólo parece susceptible de ser sometida a esquema interpretativo y valorativo a través de lo que constituye desde 1898 y, sobre todo, desde 1917 su verdadera estructura política. La vida —y los trances agudos— del partido comunista soviético es, en definitiva, la vida del *complejo ruso* en lo que respecta a la Economía, el Derecho y el Estado. Nada en ellos tiene sustantividad propia; cabría decir que ellos *son* lo que el partido decide que sean.

Naturalmente, desde un punto de vista más profundo, creemos posible una visión más comprensiva de la Rusia contemporánea. Lo que hemos llamado el *complejo ruso* desborda el prisma del partido. Y no aludimos al Ejército, por ejemplo, cuanto a determinadas vigencias que, sin duda, han condicionado a su vez al partido mismo. Las vicisitudes de éste, el fenómeno ciertamente sorprendente y todavía falto de un verdadero enjuiciamiento por parte occidental de la llamada “autocrítica”, las influencias recibidas por los soviéticos a través de sus contactos con las ideas, estructuras, nivel y género de vida de los pueblos de “más acá del telón de acero”, con motivo de la guerra y la ocupación, todo esto y no poco más impiden, desde luego, cualquier unilateralidad o exclusividad “doctrinal”, en la interpretación del marxismo como realización histórica.

De su examen del marxismo, el profesor Fraga deduce dos consecuencias importantes: se trata de una verdadera herejía y, además, de unos supuestos llevados a sus últimas consecuencias. En realidad, hay sistemas “occidentales” que encarnan similar peligro (Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Bergson, Gentile, Croce), sólo que en éstos la *inconsecuencia* ha salvado los últimos resultados (pág. 125).

Por otra parte, la consigna de H. de Man: “Más allá del mar-

xismo” obliga a Occidente a una revisión crítica del “más acá”. Y si el valor actual del marxismo es el de constituir una “luz espectral que, en sus propios errores, alumbra los ajenos” (pág. 129), se impone también aceptar parte de los planteamientos marxistas, como punto de partida al análisis político de las comunidades presentes” (pág. 131). Quizá el principal sea el de no poder entender las estructuras políticas sin entender la sociología básica del poder político. Los grandes temas de nuestro tiempo, prosigue el autor, “planificación y libertad, autoridad y bien común, democracia y clase dirigente, sólo con semejante metodología pueden de veras ser afrontados”.

La pulcritud y seguridad con que el profesor Fraga se desenvuelve en este terreno, no olvidando nunca los supuestos filosóficos y antropológicos que el marxismo ignora o ataca, nos brindan la oportunidad de puntualizar, por nuestra parte, al margen del libro que comentamos, ciertos extremos que juzgamos de interés.

En el marxismo, en efecto, los métodos y la *Weltanschauung* andan indisolublemente unidos y, a nuestro juicio, todo aquel que juegue con los métodos marxistas, expuesto está a juzgar y valorar como discípulo directo de Carlos Marx. El “más acá” del marxismo no necesita verse “desde el marxismo”, porque, tal es el rigor de esta “teología”, peligro hay de verse sumidos en su seno. La innegable cualidad del sistema marxista, su coherencia lógica, conduce muchas veces al sorprendente hallazgo de que donde sólo se quiso aplicar su metodología se está palpando una impregnación de su *Weltanschauung*. Esta impregnación es involuntaria, digámoslo generosamente, pero tan evidente como la que suele percibirse al ver confundida, sin más, la realidad “social” con la económica; al ver sustraída la ciencia política a toda valoración ética; al ver, en fin, despreciados los argumentos de una filosofía tradicional y sus conceptos, como incapaces de enfrentarlos con los problemas políticos de nuestro tiempo y, concretamente, con el fenómeno total del propio marxismo y sus realizaciones. Y así, teóricos de la sociedad y de la política, nos sorprenden “silenciando” aquel juicio de Pío XI, que calificó al comunismo marxista de “intrínsecamente perverso”, buscando en el terreno más “irénico” de la estricta “ciencia” motivos de condenación que, en su mayor parte, nos parecen productos de cierto *dilettantismo* que más parece buscar la “coexistencia” que el debido esclarecimiento de errores. Y todo ello sin percatarse de que el marxismo envuelve en la misma consciente ignorancia y desprecio a todos sus contra-

dictores “dogmáticos” o *dilettantes*. La única fuerza dialéctica capaz de oponerse al marxismo, como “explicación total” que éste es, no puede ser otra que la concepción del hombre y de su historia, establecida con sin par coherencia por el pensamiento teológico-filosófico del catolicismo. En tanto esta concepción no se enfrente de hecho y en todos los planos con el marxismo, las críticas contra éste no serán “lanzadas a moro muerto”, sino a moro todavía vivo, y, además, “acorazado”.

De aquí la importancia que tienen los puntos de vista fijados al principio de su libro por el profesor Fraga, para someter a un esquema seguro y profundamente arraigado fenómenos y doctrinas como los que, a través de sus páginas, van aflorando con un vigor que descalifica de antemano todo tratamiento rutinario y superficial.

III

Después del examen doctrinal del liberalismo y el marxismo, los Estados contemporáneos precisan ser vistos en su realidad sociológica. Por eso resulta obligado situarse ante el fenómeno de la *masificación* y su impacto en los cuadros e instrumentos administrativos. Tal es el contenido del capítulo IV.

En definitiva, resurge el viejo juego del irracionalismo y la racionalización, sólo que ahora potenciado, dada la extensión e intensidad de la realidad social en presencia. Las técnicas de producción y control cobran, con ello, una consideración distinta. Son técnicas acerca de cuya eficacia y valoración ética—si esta última se quiere, como es debido, mantener—sólo se puede juzgar en función de las masas y del complejo de problemas vitales e ideológicos que ellas comportan.

Está bien aludida por el profesor Fraga la evolución económica, desde el capitalismo liberal a la economía dirigida, y esta mayor atención a los aspectos económicos resulta justificada, puesto que el curso evolutivo de las funciones del Estado guarda con aquélla una relación de paralelismo y aun de índole más íntima: no es sólo que hayan aumentado en intensidad tales funciones, es que, precisamente, el contenido de las mismas es, en gran medida, económico. Con otras palabras, nunca nos ha parecido más económica la acción política, y no sólo por su extensión a esferas económicas, sino incluso por la preponderancia del fin y los medios económicos en la propia actividad política.

Desde este punto de vista, calcúlese la distancia casi “abismal” que hay entre el Estado en el que pensaron A. Smith y los manchesterianos, y el Estado, más que intervencionista, empresario y productor, de hoy. En los términos tajantes en que muchas veces se expresa el autor del libro que comentamos, hay que concluir que “toda la teoría de las funciones y poderes del Estado tiene, pues, que ser renovada de arriba abajo. Nada menos que esto exige este tránsito contemporáneo del *État gendarme* al *service State* o *welfare State*” (pág. 154).

Pero el profesor Fraga, que admite la necesidad de la *planificación*, concepto no muy preciso ni realidad exclusivamente actual, se hace eco de la polémica del siglo: ¿Es o no conveniente la planificación; resuelve o agrava los problemas de tipo económico, político o espiritual? En cuatro apretadas páginas se resume dicha polémica: Hayek, W. Lipmann, Beveridge, por un lado; Mannheim, por otro, recelan de la planificación o la defienden y pugnan por concretarla.

El profesor Fraga puntualiza a su vez: “En lo tocante al Estado, la planificación es un hecho, pero deben superarse los experimentos y ensayos actuales y alcanzarse logros definitivos; el Estado de Derecho, en cuanto sistema de control y garantías, y en cuanto consagra la responsabilidad de la administración, no debe arrumbarse. Sobre todo, y esto es quizá lo más importante, la planificación ha de hacerse *desde* un sistema de valores, no que éstos nos vengan dados por aquélla” (pág. 162).

Surge ahora, sistemáticamente, una nueva cuestión: la de las clases dirigentes, cuestión que, a juicio de Fraga, supera en interés, en la actual situación de las ciencias políticas, a la tradicional de las formas de gobierno (pág. 175).

Si el medio, como ha dicho Burdeau, segrega a su *élite*, ¿cuáles son las características de las clases dirigentes de nuestro tiempo y de qué modo reflejan tendencias revolucionarias del mismo? Porque sin *élites* no cabe acción política. Hasta las revoluciones más igualitarias las han producido. Ahí está el partido comunista soviético, “una de las oligarquías más duras que se han conocido”.

El análisis que de la materia ha hecho James Burnham—después de Mosca y Pareto—nos muestra el relevo de las clases dirigentes. Mannheim, por su parte, ha fijado las tendencias actuales de las minorías selectas después de la desintegración de las *élites* del siglo pasado. El tránsito se opera en todos los medios ideológicos. Los comunistas han pasado de *amateurs* en los tiempos

de Lenin a “especialistas rojos” en nuestros días. La experiencia laborista en Inglaterra, la evolución iniciada en Estados Unidos desde el New Deal y el Fair Deal a lo conseguido por un movilizador general como Ch. E. Wilson..., el proceso de una *managerial revolution*, parece indudable. Por eso, superando teorías maquiuavélicas de la clase dirigente, como la de Burnham (pág. 179), es urgente una formación intelectual y moral de esas minorías rectoras.

Titulares destacados de ese *poder minoritario* (expresión acertada) de los Estados administrativos modernos son la burocracia y los partidos.

La primera, gigantesca ya, refleja un giro capital en las funciones del Estado. “La política del gobierno se realiza, más que legislando, administrando, ejecutando servicios, manejando dinero. Esto está en manos de funcionarios en muy buena parte” (pág. 181). Aún más, la política hoy ha de contar con la técnica, en cierta manera contrapuesta a la prudencia, nota clásica del político. No hay que temer, sin embargo, a juicio del profesor Fraga, un crecimiento desmesurado de la burocracia como *poder*.

Los partidos, las entidades políticas más efectivas en el Estado nacional moderno, según Wallas, y cuyo estudio constituiría “una historia de nuestra época”, según Friedrich, experimentaron una trayectoria que el autor de este libro describe sobre la realidad de los partidos políticos ingleses: parlamentarios, electorales, clasistas. Ante todo, los partidos son una clase dirigente, son entidades políticas más que ideológicas, en las que, principalmente, cuando más viejas son, más predomina la máquina sobre el programa. Los sistemas anglosajón y el continental, como respuestas a la cuestión de dos o muchos partidos, descubren una vez más la existencia de verdaderos grupos oligárquicos que, lejos de resolver el problema de la representación nacional y cooperar a la unidad estatal, hacen de los parlamentos “cajas de compensación” y enmascaran en muchos casos guerras civiles.

Lástima que nuestro autor no haya insistido más en otras modalidades de estructuración como la basada en las “categorías sociales” y en el problema del partido único. De todas formas, un interrogante como éste: ¿Qué debe sustituir al sistema de partidos allí donde sus inconvenientes hayan predominado sobre sus ventajas?, sólo en hipótesis y a guisa de experimento puede contestarse hoy (pág. 192).

El libro que comentamos se adentra ahora en un problema

pavoroso (cap. VI). Ya se advierte al comprobar el equívoco de la palabra *libertad* y al tener que preguntarnos hoy, incluso, por su real existencia. Resulta obligado, y el autor no se sustrae a ello, acudir a la metafísica y a la moral. La respuesta es positiva. El *quid* está, como él dice, en los juicios prácticos sobre nuestros actos, y, además, en la visión del hombre como persona, no como individuo. Profesa, pues, un personalismo comunitario (Ch. de Konink y Palacios) y llega a concluir que el dilema libertad-orden no es radical. Evidentemente, las bases filosófico-morales de que se parte son de la más pura raíz tomista y desde ella queda descartado todo el trasfondo Reforma-Liberalismo, causa de la tragedia íntima del siglo XIX.

Hacer compatible la libertad con la planificación: he ahí la tarea de nuestro tiempo. Liberalismo y socialismo son estudiados ahora desde esta perspectiva, y la conclusión debe tener en cuenta que "la libertad no es un principio de organización política, sino una condición de la sociedad política bien organizada" (pág. 214). Y siendo la aspiración de nuestro mundo la seguridad social, urge conseguir la vigencia del orden cristiano, en el que la fraternidad predomine sobre los dos restantes términos del trilema de la Revolución francesa.

Viene como de la mano el tema de la democracia. ¿Estamos aún en el proceso de democratización general que observaron Tocqueville y Prévost-Paradal? ¿Qué significado tiene la extensión del sufragio universal que ha dado en Francia, por ejemplo, un cuerpo electoral de 26 millones de personas en 1946? ¿Es una realidad y, sobre todo, es una unidad sociológica ese pueblo así configurado? Parece que, ante la realidad de las masas, sólo cabe hablar de un *público* que, pasivamente, abraza una *opinión*. Prensa, radio y grupos de intereses: eso es lo que hay detrás del Parlamento, en vez de pueblo (Friedrich).

Entonces, ¿gobierna el pueblo o una facción? Y, aún más, ¿qué facción es exactamente la que de hecho gobierna?

El tema de la libertad y de la democracia ha merecido por todo ello una profunda revisión. Recapitular las posiciones más importantes al respecto es para el autor imprescindible, y así comprobamos que lo decisivo en la democracia es para W. Lipmann no tanto la *elección* como la *sumisión a la ley*; para Jennings y B. Wooton, la *posibilidad de criticar* al gobierno y *sustituirlo* sin recurrir a la violencia; para Levi, el respeto al *fair play* en política.

Una conclusión primaria es ésta: “La ciencia política tiene que desmontar el mito democrático, como una superestructura que ha oscurecido la mayor parte de las cuestiones vitales del Estado contemporáneo” (pág. 223). Y otra muy fundada, la que anuncia un concepto más profundo de la democracia, que el autor cree ver en Aristóteles, Suárez y Pío XII: “La forma mixta de gobierno, o mejor, un Estado moderado, eficaz y justo” (pág. 224).

Hablar de moderación es hablar de control. Y en cuanto el Estado liberal democrático asignó esta función al Parlamento, también es obligado hacerse eco de la agonía del parlamentarismo. El diagnóstico va desde Orlando hasta C. Schmitt. Si el Parlamento no es bueno para *legislar*, tal vez lo sea para *controlar*. Ambas funciones las perfiló Stuart Mill. Hoy, si la deliberación y la legislación la acaparan el Gobierno y la representación los partidos, el Parlamento está, al fin, en manos de éstos. Y desde luego ha perdido la supremacía política. La legislación delegada, los planes económicos-sociales de los Gobiernos, la disciplina de los partidos, fenómenos realmente actuantes, bastan para poder concluir que “el Parlamento como mito tiene que ser liquidado” (pág. 228).

La muestra más evidente de la incapacidad actual de los mecanismos constitucionales del Estado liberal consiste en la tendencia impresionante de nuestra época hacia la dictadura. Como decía Balmes, al referirse a la España decimonónica, “la excepción se ha elevado a regla”. A la continuidad de la situación extraordinaria, corresponde lo ordinario de la dictadura. Esta, en fin, ya no es un recurso circunstancial, sino una *forma de gobierno*. Quizá su explicación es ésta: el punto central del equilibrio constitucional reside nuevamente en el Ejército.

El autor concluye: ¿No será posible otro recurso? ¿No podrán alumbrarse nuevas y adecuadas instituciones en que se articule la continuidad, la adhesión y la cooperación logradas o restauradas por el liderazgo de los hombres extraordinarios?

Se habrá observado, a lo largo de la línea expositiva del libro, que éste superabunda en *conclusiones* tajantes, cuando se trata de resumir el análisis de la situación actual de mecanismos y doctrinas del Estado moderno en sus últimas fases; y en *interrogantes*, cuando se trata de puntualizar tendencias o presentar soluciones para los problemas que ya existen. El carácter crítico de este estudio se revela, con ello, una vez más. Y también la “actitud” de su autor, condicionada sin duda por las múltiples realidades entre las que se ha movido. Con otras palabras, no le han faltado datos

y argumentos para diagnosticar la crisis. Tal vez, por ello, adolece de seguridad para prever y preconstruir "lo nuevo".

No se piense, sin embargo, que el libro que venimos comentando es meramente descriptivo, con ser ésta una de sus características más valiosas. También, repetimos, se ha enjuiciado, y en verdad desde supuestos firmes, autorizados, convincentes. Lo que ocurre es que el objeto de estudio acusa más que nunca su relatividad, y se han abierto mayores vías al conjunto de posibilidades y problemas que la política entraña. Por otra parte, las transformaciones sociales ni son tan rápidas ni tan uniformes como para lanzarse imprudentemente al bello malabarismo de las profecías y las construcciones de gabinete. El teórico de la política, en este mundo del siglo XX, cuenta ya con graves experiencias acerca de la suerte corrida por aventuras semejantes.

Sin que en ello queramos implicar al autor de este libro, fecundo y sugeridor, no nos resignamos a omitir una breve observación al hilo de cuestión tan decisiva como la apuntada. Y es ésta: lo que queda por saber es si las generaciones históricas de hoy y de mañana no considerarán excesivo el período hipercrítico de la teoría política que ha venido y viene juzgando al Estado liberal y al llamado Estado totalitario, y, si en vista de ello, no volverán definitivamente la espalda a quienes debieron aprestarse, con los innegables caudales de experiencia atesorados, a brindar a la humanidad, nunca agotada, siempre expectante, nuevas o no, pero mejores fórmulas de convivencia política y jurídica.

IV

Hora es ya de recapitular. El análisis, según queda dicho, ha sido profundo y pocos matices escaparon a él. La cuestión final es obvia: qué sea el Estado y cuál su inmediato y previsible destino. El capítulo central de una teoría del Estado resulta aquí un punto de convergencia de los variados afluentes que hemos visto desfilar. Y, para ser sinceros, cuando el profesor Fraga aborda en el último capítulo de este libro el concepto del Estado, y para ello reproduce las clásicas definiciones de los manuales más acreditados, se echa de ver la franca debilidad que las mismas revelan. ¿Definir, esto es, *limitar* el Estado? Sólo parece posible destacar unas notas: la institucionalización del poder, el carácter de forma política determinada, la imposibilidad de su reducción a escueto fenómeno jurídico. Pero poco más.

Pero no fué menguada, antes bien decisiva, la “aparición” de la sociedad, como estructura viva y actuante, junto al Estado o frente a él. El máximo esfuerzo para la salvación del Estado moderno quiso ser el *totaler Staat*. Pero la crisis del Estado nacional hoy es manifiesta: territorio, población, soberanía, sus tres elementos esenciales, han abandonado el clásico álveo que para ellos trazaron la historia y la doctrina desde el Renacimiento hasta el principio de las nacionalidades. La teoría del Estado se siente conmovida en sus cimientos por la sociología...

Mas lo que de verdad acontece es que el propio objeto de aquella teoría, y de otras ciencias a ella vinculadas íntimamente, se les escapa irrefrenable hacia nuevas formas de poder, hacia nuevos sentidos del Derecho, hacia nuevas medidas y temperaturas de índole política.

La lectura del último capítulo del libro del profesor Fraga no revela pesimismo, revela fatiga y hasta temor. El análisis, desemboca en una actitud de expectación que resulta tímida... a la fuerza. El libro, con ser tan expresivo de la capacidad investigadora de su autor; con ser un auténtico arsenal de testimonios—más de mil citas consignadas en ciento trece páginas, apretadas tipográficamente hasta el máximo—; con ser, en fin, el más vigoroso intento de comprender el Estado moderno que hemos visto publicado en español en los últimos años, proclama su fidelidad al tema que lo motivó. Nosotros lo hemos seguido paso a paso, esforzándonos en hallar las líneas maestras que aquí quedan, a nuestro juicio, consignadas. Su hallazgo no fué tarea fácil, pero pocas, como ésta, nos han parecido tan convenientes y aleccionadoras.

En nuestra opinión, este libro es eco auténtico y bien localizado de una conciencia generacional que puede atribuirse a determinados teóricos contemporáneos del Estado. Mientras esta conciencia se hace cada vez más reflexiva, el Estado moderno sigue desbordando la realidad misma que las construcciones clásicas creyeron aprisionar. De la capacidad de los teóricos de nuestros días depende la arriesgada y subyugante empresa de encerrar en un sistema científico, que supere la línea crítica, los nuevos conceptos y los nacientes fenómenos de la vida y la comunidad políticas que el mundo ya registra.

Juan Candela Martínez.
Facultad de Derecho.
Universidad de
MURCIA.